



Facultad de Filosofía y Educación

Departamento de Filosofía

Aporías del Continente Negro

**Aproximaciones a la categoría de feminidad en Freud y el problema de la
diferencia sexual**

Memoria para optar al título profesional de Profesora de Filosofía

Nombre: Pilar Castro Roblero

Profesora guía: Alejandra Castillo

Santiago, abril de 2022



UMCE

Facultad de Filosofía y Educación

Departamento de Filosofía

Aporías del Continente Negro

**Aproximaciones a la categoría de feminidad en Freud y el problema de la
diferencia sexual**

Memoria para optar al título profesional de Profesora de Filosofía

Nombre: Pilar Castro Roblero

Profesora guía: Alejandra Castillo

Santiago, abril de 2022

AUTORIZACIÓN SIBUMCE



UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SISTEMA DE BIBLIOTECAS – DIRECCION DE INVESTIGACION



IDENTIFICACIÓN DE TESIS/INVESTIGACIÓN

Título de la tesis,
memoria o seminario : Aporías del Continente Negro. Aproximaciones a la categoría de
feminidad en Freud y el problema de la diferencia sexual

Fecha : 11-08-2023

Facultad : Filosofía y Educación

Departamento : Filosofía

Carrera : Filosofía

Título y/o grado : Licenciatura en Educación y Pedagogía en Filosofía

Profesor guía/patrocinante : Alejandra Castillo

AUTORIZACIÓN

Autorizo a través de este documento, la reproducción total o parcial de este trabajo de investigación para fines académicos, su alojamiento y publicación en el repositorio institucional SIBUMCE del Sistema de Bibliotecas UMCE.

Pilar Castro Roblero

Nombre/Firma

Santiago de Chile, 11 de agosto, 2023

Imprima más de una autorización en caso de que los autores excedan la cantidad de firmas para este documento

Dedicatoria

Dedico esta memoria a Catalina Riveros,
en la ausencia, tu voz nunca ha dejado de
resonar

Agradecimientos

Agradezco especialmente a Pablo y Pilar por el amor, la libertad, y el apoyo que me han brindado. A mi familia, a lxs amigxs y compañerxs del peda, a los que están y a los que se han ido; cada unx ha sido significativx en la construcción de mi paso por la escuela.

Le agradezco a Alejandra Castillo por su labor pedagógica, su reflexivo trabajo y por habilitar en mí nuevos lugares de pensamiento en cada diálogo. Gracias a Claudio, Mauro, Pato, Luciano, con quienes he podido compartir, trabajar y desarrollar una complicidad acerca de las insistencias y resistencias de todo pensar filosófico y la amistad que ello implica. Gracias a Susana por compartir el camino, las dudas y, sobre todo, la dispersión.

Al Departamento de Filosofía de la UMCE, gracias.

Pilar Castro Roblero

Tabla de contenido

Resumen.....	8
Abstract.....	9
Introducción.....	11
Aproximaciones a la categoría de feminidad.....	15
Feminismos en diálogo con el psicoanálisis.....	16
El mito de la feminidad.....	19
Consolidación de las nociones centrales de la epistemología de la diferencia sexual.....	22
El problema del sistema sexo/género.....	26
Freud, el psicoanálisis y la pregunta por lo femenino.....	29
El trabajo freudiano en torno a la diferencia sexual.....	31
El nacimiento psíquico de los sujetos.....	34
Freud y la configuración del régimen estético de la diferencia sexual.....	35
La toma de posición en la diferencia sexual: una cuestión irresoluble.....	38
El problema de las identificaciones sexuales.....	41
Crítica de Paul Preciado al psicoanálisis o por un psicoanálisis mutante.....	43
Argumento.....	45
I.....	46
II.....	48
III.....	48
Otra perspectiva desde Michel Tort.....	51
Conclusiones.....	56
Bibliografía.....	59

Resumen

Esta memoria aborda el problema que implica la categoría de “lo femenino” en la teoría psicoanalítica freudiana. En este contexto, se rastrean las coordenadas teóricas que sustentan la diferencia sexual y se revisan las críticas formuladas por el pensamiento feminista. Además, a partir de la crítica realizada por Paul Preciado a La Escuela de la Causa Freudiana en 2019, se explora la mutación que enfrenta la “epistemología de la diferencia sexual” edificada por Freud.

Palabras clave: lo femenino, diferencia sexual, teoría psicoanalítica, epistemología de la diferencia sexual

Abstract

This memory addresses the issue involving the category of “the feminine” in Freudian psychoanalytic theory. In this context, the theoretical coordinates that underpin sexual difference are traced, and the critiques put forth by feminist thought are examined.

Furthermore, stemming from the critique carried out by Paul Preciado towards the Freudian Cause School in 2019, the mutation that the “epistemology of sexual difference,” constructed by Freud, is facing is explored.

Keywords: the feminine, sexual difference, psychoanalytic theory, epistemology of sexual difference

Introducción

El 17 de noviembre de 2019, se realizaron las 49ª Jornadas de la Escuela de la Causa Freudiana¹ (ECF) en París, tituladas “Mujeres en psicoanálisis”.

Paul B. Preciado², un hombre trans o, como su diagnóstico clínico indica, un “disfórico de género”, se presentó ante un auditorio que reunía a 3.500 psicoanalistas. El discurso de este mutante de género significó una complicación para los psicoanalistas, Preciado les planteó la disyuntiva ante la que se encuentran: seguir trabajando con la antigua epistemología de la diferencia sexual y validar el violento régimen patriarco-colonial que la sustenta o abrirse a un proceso de crítica y confrontarse a la alianza necropolítica del patriarcado colonial y las nuevas tecnologías farmacopornográficas (Preciado, 2020).

El dilema planteado por Preciado nos permite volver hacia *la antigua epistemología de la diferencia sexual* edificada por Sigmund Freud. Esta memoria presta atención a las gramáticas y a los modos en que la teoría freudiana ha operado como un marco teórico fundamental en la comprensión de la diferencia sexual y los roles de género. Además, reflexiona sobre los cuerpos que exceden a esa norma y sobre la labor que le queda al psicoanálisis respecto a esos excesos.

Para indagar en esa *antigua epistemología*, nos proponemos interrogar las construcciones freudianas sobre “la feminidad”. Estas han sido ampliamente discutidas y presentan un sinfín de contradicciones en su formulación, de ahí que sea un terreno interesante de seguir investigando. Además, se evidencian algunos de los ejes principales del debate entre el psicoanálisis freudiano y la teoría feminista.

¹ Para una revisión del argumento que motivó las 49ª Jornadas de la “ECF” visitar: <https://elp.org.es/49-jornadas-ecole-cause-freudienne/>

² La totalidad del discurso es elaborado en el texto “Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas” publicado en 2020 por la editorial Anagrama.

El discurso de Paul Preciado ante la ECF de inmediato generó bullicio entre los auditores:

Les hablo hoy desde la jaula escogida y rediseñada del «hombre trans», o, para ser más exactos, de «cuerpo vivo de género no-binario», una jaula política que es en todo caso mejor que la de los «hombres» y la de las «mujeres» porque al menos reconoce su estatuto de jaula (Preciado, 2020, p.21).

Elegir la *jaula* del “hombre trans” como un modo de identificación y enunciación tensiona rápidamente el binarismo de género. El régimen de la diferencia sexual con el que el psicoanálisis ha operado de manera natural y normativa queda expuesto, ya que las categorías de ambos lados de la frontera del género (hombre/mujer) no contemplan un “más allá” (un “trans”).

Preciado comienza cuestionando la idea de que, en el psicoanálisis, las posiciones masculinas y femeninas han sido entendidas como naturales, y comprenderlas de este modo impide ver el dispositivo de sexuación que las configura. El gesto provocador de asumir su identidad “trans” como un desafío al régimen de la diferencia sexual, el cual establece la pertenencia a uno u otro género, marcó lo que podríamos denominar una crisis en las asociaciones psicoanalíticas, quienes tomaron posiciones a favor y en contra de su discurso.

El psicoanálisis, entendido como un sistema de pensamiento y acción en la clínica, ha sido fundamental en la conformación de la diferencia sexual, ya que ha establecido que la sexualidad humana no es una mera cuestión biológica, sino un fenómeno psicológico complejo que se construye en la interacción con el entorno social y cultural. Además, se encuentra influenciada por factores inconscientes y simbólicos que dan forma a la subjetividad de cada individuo.

En la teoría psicoanalítica freudiana, las categorías de masculino y femenino llegan a configurarse por caminos diferentes, cuestión que revisaremos más adelante; sin embargo, ambas no se consideran identidades fijas, sino construcciones basadas en atributos y características que se asignan culturalmente a cada sexo. Por ejemplo, se asocian “naturalmente” las características de actividad, agresividad y racionalidad al hombre, mientras que su contraparte pasividad, fragilidad y emocionalidad se asocian “naturalmente” a las mujeres.

En gran medida, podríamos decir que el psicoanálisis freudiano es cómplice de estas asignaciones culturales que refuerzan la diferencia sexual en su gramática. Nociones como el complejo de Edipo, el complejo de castración, la envidia del pene, el menosprecio del varón hacia la niña, entre otros, han sido ampliamente criticados por la teoría feminista, argumentando que se basan en una visión binaria y heteronormativa de la sexualidad y el género, y, por lo tanto, son utilizados para reproducir estereotipos y roles de género en la sociedad. En este sentido, es necesaria una revisión crítica de las gramáticas que ha construido y utiliza la teoría psicoanalítica.

Para Preciado, P. (2020):

La noción de la diferencia sexual no es exterior al psicoanálisis: es la condición interna e inmanente de toda la teoría psicoanalítica de la sexualidad. Las nociones psicoanalíticas de actividad-pasividad, organización de la libido, envidia del pene, complejo de castración, fetichismo, mujer fálica, amor genital, histeria, masoquismo, bisexualidad, androginia, fase fálica, complejo de Edipo, posición edípica, estados pregenitales y genitales, perversión, coito, placer preliminar, escena original, homosexualidad, heterosexualidad... (la lista es casi infinita y satura todo el discurso de psicoanálisis) no tienen ningún significado fuera de una epistemología de la diferencia sexual. (p.67)

Se revisa el entramado freudiano en torno a la feminidad con una mirada atenta a su complicidad en la creación y mantención de la diferencia sexual, reflexionando sobre las implicancias que tiene la epistemología de la diferencia sexual en la conformación de la subjetividad.

En mi opinión, la “aporía” es la característica que describe el modo de trabajo referido a la sexualidad femenina en los escritos psicoanalíticos freudianos. Este problema inacabado, este territorio oscuro, misterioso, enigmático de lo femenino ha sido un lugar de especial relevancia, sobre todo en la recepción feminista que ha tenido la teoría de Freud. El carácter aporético de la conceptualización sobre la feminidad es el eje que nos permite entrar insistentemente en la teoría freudiana para revisar su construcción de la feminidad.

Dentro de la larga historia acerca de la relación-tensión que se ha mantenido entre la teoría psicoanalítica, particularmente freudiana, y los feminismos, la categoría de “feminidad” ha ocupado un lugar central debido a su relevancia en la construcción de identidades de género y en el establecimiento de las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

Para los feminismos, la categoría de “feminidad” ha sido objeto de críticas por su papel en la opresión de las mujeres, al establecer normas culturales y sociales que limitan sus oportunidades y las someten a una posición subordinada.

Por otro lado, el psicoanálisis freudiano exploró la categoría de “feminidad” y la sexualidad femenina tardíamente. En la nota introductoria de “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), James Strachey señala: “Lo cierto es que durante largo tiempo, desde su análisis de «Dora» en 1900, Freud no había dirigido su interés a la psicología femenina. En el curso de quince años no dio a publicidad ningún material clínico importante referido a una mujer”. (Freud, 1925, p.263).

Resulta interesante notar que, a pesar de que el psicoanálisis tiene su origen en la observación, escucha y el estudio del cuerpo sufriente de las mujeres (histeria) tardó en “hacerse cargo” del trabajo referido a las propias mujeres. Freud busca responder a ese déficit en artículos tardíos como “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925) “Sobre la sexualidad femenina” (1931) “33° conferencia. La feminidad” (1932). Y no deja de ser paradójico que en 2019 la Escuela de la Causa Freudiana organice jornadas de reflexión que retomaran la pregunta sobre las mujeres en el psicoanálisis.

Aproximaciones a la categoría de feminidad

Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre.

Freud

La categoría de *feminidad* ha sido abordada desde diversas perspectivas en varias disciplinas, refiriéndose en general a las características, roles y estereotipos asociados con las mujeres. No obstante, esta categoría es problemática, ya que se construye sobre un conjunto de ideas preconcebidas y limitantes que restringen la expresión y desarrollo de la identidad de género femenina.

Históricamente, la feminidad ha sido asociada con la maternidad, la emotividad, delicadeza, pasividad, sumisión, el rol doméstico y el ejercicio de los cuidados. Estos estereotipos y roles de género han sido objetos de crítica por parte de los movimientos feministas, quienes buscan deconstruir y cuestionar las normas y mandatos asociados con las categorías de feminidad y masculinidad.

Para la teoría feminista, existen diferentes enfoques para abordar la feminidad. Algunas corrientes consideran que esta categoría es una construcción social opresiva que se ha impuesto a las mujeres, por lo que debe ser objeto de crítica. Por otro lado, hay teorías que proponen una reivindicación de la feminidad como algo intrínseco y natural de las mujeres, una esencia que define su identidad de género y que no puede ser transformada por procesos sociales o culturales. Sin embargo, es importante tener en cuenta que la idea de una “esencia femenina” conduce a una visión estática y limitada de la feminidad, que no contempla la complejidad que esta categoría porta.

Por su parte, en la psicología, la categoría de feminidad ha sido estudiada desde diferentes enfoques. La psicología del desarrollo se ha enfocado en los procesos psicológicos y sociales que intervienen en la construcción de la identidad de género y la feminidad.

La psicología con enfoque social ha investigado cómo las normas sociales y los estereotipos de género influyen en la conformación de la feminidad y en la forma en que se percibe a las

mujeres en la sociedad. Además, la psicología con enfoque de género ha abordado la feminidad como un constructo social y cultural, poniendo en duda la idea de que existan características esenciales y universales que definen a las mujeres.

En general, tanto en los pensamientos feministas como en las distintas orientaciones psicológicas, la categoría de feminidad ha sido objeto de crítica y revisión. Han ampliado sus enfoques y perspectivas para incluir nuevas formas de entender y abordar la feminidad, reconociendo que las concepciones tradicionales han sido construidas sobre bases culturales, sociales, simbólicas y políticas que pueden resultar limitantes y excluyentes para la experiencia de las mujeres.

Feminismos en diálogo con el psicoanálisis

Cualquiera que sea la forma en que se lo haya utilizado, el psicoanálisis no constituye una recomendación para una sociedad patriarcal, sino un análisis de la misma.

Juliet Mitchell

Desde su inicio, la relación entre psicoanálisis y feminismos ha estado marcada por controversias y tensiones. Juliet Mitchell una de las teóricas que se ha dedicado a indagar en estas controversias reivindicando la obra de Freud y asumiendo su importancia para la liberación de las mujeres, indica que “La mayor parte de los movimientos feministas han identificado a Freud como su enemigo. Afirman que el psicoanálisis sostiene que las mujeres son inferiores y que sólo pueden alcanzar la auténtica feminidad como esposas y madres” (Mitchell, 1982, p.9).

Esta percepción de Freud por parte de algunos movimientos feministas ha generado controversias. No obstante, es interesante notar que el psicoanálisis freudiano, como teoría del aparato psíquico y práctica clínica, fue inventado a finales del siglo XIX en un momento

en que se consolidan las nociones centrales de la epistemología de la diferencia sexual (Preciado, 2020, p.66). En este contexto, se definió al hombre y la mujer como anatómicamente diferentes, pero potencialmente complementarios por su capacidad reproductiva. Además, se estableció que la heterosexualidad y la homosexualidad eran consideradas como la sexualidad normal y patológica, respectivamente. Estas nociones tuvieron un impacto significativo para la época.

“En primer lugar, quiero decirles que el régimen de la diferencia sexual con el que trabaja el psicoanálisis no es ni una naturaleza ni un orden simbólico, sino una epistemología política del cuerpo, y que, como tal, es histórica y cambiante” (Preciado, 2020, p.57). En esta historia de cambios, el cuerpo aparece como un territorio político donde se expresan y negocian las relaciones de poder.

La teoría feminista ha sido crítica respecto a la influencia de la epistemología de la diferencia sexual habilitada por la teoría psicoanalítica, evidenciando cómo esta epistemología ha regulado, delimitado y construido el cuerpo.

A lo largo de distintos períodos de tiempo, las diversas corrientes feministas han reflexionado y cuestionado la influencia de la teoría psicoanalítica. En términos generales, se pueden distinguir tres períodos principales.

El primero de ellos, en las décadas de 1920 y 1930, se caracteriza por la lucha feminista por la igualdad legal y la ciudadanía, mientras que el psicoanálisis se centra en el desarrollo del aparato psíquico y la diferencia sexual.

Aparece en 1924 el artículo de Freud sobre “El sepultamiento del complejo de Edipo”, y al año siguiente, en 1925 se publicó “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” un texto que aborda los principales problemas en torno a la diferencia sexual.

Durante este período, el psicoanálisis se centró en la etapa fálica, el complejo de castración y en la envidia del pene como un sentimiento característico de la niña. En respuesta a estas ideas, autoras como Karen Horney y Melanie Klein debatieron y rechazaron las propuestas freudianas de ese tiempo. Las autoras desestimaron la importancia que Freud le había

otorgado al órgano sexual masculino como el organizador del desarrollo sexual en niños y niñas, minimizaron la importancia que Freud le había otorgado a la “envidia del pene” como un elemento clave en el desarrollo sexual de las niñas y reivindicaron la sexualidad femenina. Sin embargo, estas críticas se centraron en una lectura anatómica y literal de los problemas relativos al desarrollo de las diferencias, lo que llevó a que sus respuestas se enunciaran en los mismos términos.

En las décadas de 1960 y 1970, se sitúa un segundo periodo de esta relación-tensión. La teoría feminista se caracteriza por el desarrollo del “feminismo de la diferencia”, mientras que en el psicoanálisis aparece la teoría lacaniana de la sexuación como una reinterpretación simbólica de los postulados freudianos, apartándolos de la comprensión anatómica y jerárquica con que habían sido comprendidos en el primer período.

Autoras como Hélène Cixous y Luce Irigaray proponen sus propias teorizaciones en torno a la diferencia sexual, lo hacen en relación con la posición “no-toda” fálica establecida en la teoría lacaniana. Sin embargo, no dejan de lado la crítica hacia Freud, pero esta vez se concentran en cuestionar la teorización freudiana sobre la diferencia sexual, específicamente su concepto de castración, en términos simbólicos. El problema del concepto, en este sentido, radica en que la castración no reconoce una “verdadera” diferencia sexual, sino que reduce el deseo “femenino” a la lógica fálica de la “envidia del pene. A raíz de esto, el psicoanálisis freudiano es considerado “falocéntrico” y cómplice en la perpetuación del orden cultural patriarcal, que se encarga de censurar lo femenino y privilegiar el deseo fálico.

El tercer período de discusión entre feminismos y psicoanálisis tiene lugar a partir de la década de los 90 y continúa en la actualidad. Durante este período, el psicoanálisis ha experimentado desarrollos postfreudianos y postlacanianos, mientras que el feminismo se ha desarrollado en una multitud de enfoques, entre los cuales destacan el desarrollo de la teoría de género, el transfeminismo, el xenofeminismo y la teoría queer. Esta última ha cuestionado principalmente el binarismo estructural que opera en la cultura, abogando por su abolición. Paul B. Preciado y Judith Butler son algunos de los representantes feministas que han aportado significativamente en este debate. La crítica de Paul Preciado que es el lugar desde el que decidimos revisar la *antigua epistemología de la diferencia sexual*, ha contribuido principalmente en el campo de los estudios de género y la teoría queer, poniendo en tensión el

binarismo de género y las normas que estructuran la sexualidad y las identificaciones sexuales, haciendo necesario pensar en las mutaciones de esas gramáticas y prácticas.

En este período, el feminismo ha sido crítico del psicoanálisis en su vínculo con la política y ha puesto atención respecto a las leyes de parentesco que este establece. Se argumenta que estas leyes reproducen el orden social predominante, especialmente el sistema heteropatriarcal, el cual excluye todas las identidades que no se identifican con el binomio hombre-mujer, ni con la heterosexualidad.

Cabe destacar que la relación entre feminismo y psicoanálisis es un tema relevante y pertinente para la investigación filosófica, dado que ambas teorías han sostenido un diálogo crítico a lo largo de su historia. Este diálogo ha cuestionado los roles e identidades de género impuestas por la cultura, y ha puesto atención al papel del psicoanálisis como herramienta para comprender la psique humana. La teoría queer ha aportado una perspectiva crítica nueva a esta relación, permitiendo revisar y releer las teorías psicoanalíticas, lo que continúa generando un debate y reflexión en constante evolución con implicaciones significativas en la comprensión de las (des)identidades y las sexualidades humanas.

Además, la crítica feminista del binarismo de género y la insistencia en la diversidad de la experiencia subjetiva también es relevante para la filosofía política y ética, ya que plantea preguntas fundamentales sobre la justicia, la igualdad y la libertad en una sociedad aún estructurada normativamente. En definitiva, reflexionar sobre la relación entre feminismo y psicoanálisis es un tema que, por su complejidad y constante evolución, merece una atención crítica por parte de la investigación filosófica.

El mito de la feminidad

*No se nace mujer: se llega a serlo.
Ningún destino biológico, psíquico o económico define
la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana;
es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio
entre el macho y el castrado al que se califica de femenino.*

Simone de Beauvoir

Se podría trazar una larga historia acerca de la relación-tensión que ha mantenido la teoría psicoanalítica y la recepción de los feminismos. Sin embargo, con todos los encuentros y desencuentros que se puedan encontrar, resulta evidente que la categoría de “femineidad” ha sido crucial y ha actuado como un lugar gravitante en las reflexiones y trabajos de ambos sistemas de pensamiento-acción.

La categoría de “femineidad” se establece “naturalmente” como el lugar específico que le toca a las mujeres, sin embargo, es el “mito de la femineidad” lo que en realidad teje una ilusión poderosa, moldeando un marco de referencia en el cual las mujeres se han visto forzadas a narrarse e identificarse de acuerdo con normas que le permiten llegar a “ser” mujer. Este mito ha sido perpetuado por las estructuras patriarcales y ha influido en la concepción de la femineidad, relegando a las mujeres a estereotipos y roles preestablecidos.

Pero *¿Hay siquiera mujeres?* La pregunta planteada por Simone de Beauvoir en “El Segundo Sexo” (1949) cuestiona la idea de que “la mujer” sea una categoría natural y por tanto evidente. De Beauvoir explicita que existiría toda una configuración detrás de la elaboración del “producto” “mujer”; no sería un hecho natural sino, una construcción.

Sobre esta aseveración, las mujeres serían algo, que, de alguna manera, se plantea y establece con los diversos modos en que han sido narradas y que principalmente se ha podido apreciar en términos de binarismo: lo Uno y lo “otro” /a; esencial e inesencial; activo/pasivo; claro/oscurito. En su mayoría estarían tramadas por aspectos dicotómicos que se ven reforzados en distintos mecanismos de subjetivación, el psicoanálisis es una parte involucrada, pero evidentemente no la única. Podríamos pensar en los mecanismos de la letra, las imágenes, el poder del discurso y las instituciones como otros sistemas donde se podría rastrear la reproducción del *mito de la femineidad*.

La pregunta “qué son las mujeres” porta un carácter incontenible, sin embargo, pese a esta condición, se ha intentado dar contenido a una respuesta que “resuelva” la interrogante. Si se pretende encontrar “la respuesta”, como si existiera una salida única al problema, nos ubicaríamos en la comprensión de una femineidad rígida, planteamiento que guarda relación con los feminismos identitarios surgidos de las políticas identitarias a fines de los años setenta, este pensamiento indica que la toma de posición debe establecerse en relación a las

singularidades de un mismo grupo, para este efecto, si nos posicionáramos desde esta óptica, deberíamos hallar la respuesta al problema de la femineidad indagando en las características “comunes” que portan las mujeres en un sentido esencialista, el cual estaría dado, principalmente, por las características anatómicas, asumiendo que el ser mujer (sexo) tiene por naturaleza un correlato establecido, habría que buscar allí, en “la naturaleza” misma de las mujeres su significado.

En desacuerdo con los feminismos identitarios y con las posturas de fijeza identitaria Judith Butler poniendo atención al mandato heteropatriarcal y heteronormativo se ha dedicado a pensar otros modos de comprensión del cuerpo, particularmente, en términos de “devenir”, es decir, como múltiples posibilidades de vida y narraciones que se pueden crear para hacer la vida más vivible, desajustando la idea de que el cuerpo estaría vinculado a una identidad fija, ya dada, tramada por el poder que tienen distintos discursos en la conformación de la subjetividad. Esta comprensión de la identidad en términos de devenir permite cuestionar los discursos dominantes, incluyendo la teoría psicoanalítica, que ha esencializado y naturalizado las identidades.

Cuando actuamos, y nosotros actuamos políticamente, lo hacemos ya con una serie de normas que están operando sobre nosotros, y en maneras que no siempre conocemos. Para Judith Butler (2009):

Cuando actuamos, en caso de que sea posible, a través de la subversión o la resistencia, no lo hacemos porque seamos sujetos soberanos, sino porque hay una serie de normas históricas que convergen hacia el lugar de nuestra personalidad corporizada y que permite posibilidades de actuación. (p. 334).

En esta perspectiva, lo que Butler está señalando es que nuestras identidades no son una realidad ontológica y fija, sino una construcción discursiva y performativa, que se desarrolla en interacción con el entorno social, cultural, político e histórico. En este sentido, las identidades están en constante cambio y transformación.

Esta comprensión de la identidad como una construcción es importante porque permite pensar en la posibilidad de desestabilizar las normas y mandatos de género y sexualidad que han sido impuestos por los distintos discursos en que se manifiesta el poder normativo, y que

funcionan como formas de excluir y marginar a los cuerpos que exceden sus límites. Su importancia radica en que nos permite reflexionar sobre nuevas posibilidades de vida y en la necesidad de cuestionar la epistemología de la diferencia sexual que ha naturalizado y esencializado las identidades, incluido el rol que ha tenido la teoría psicoanalítica al dar paso a la comprensión de un nuevo régimen de la subjetividad del individuo moderno.

Consolidación de las nociones centrales de la epistemología de la diferencia sexual

En palabras de Preciado:

Es interesante pensar que el psicoanálisis freudiano, como teoría del aparato psíquico y como práctica clínica, fue inventado a finales del siglo XIX, precisamente en el momento en el que se cristalizan las nociones centrales de la epistemología de la diferencia sexual y racial: razas evolucionadas y razas primitivas, hombre y mujer definidos como anatómicamente diferentes y complementarios por su potencia reproductiva, como figuras potencialmente paterna y materna respectivamente dentro de la institución familiar colonial burguesa; así como cuando aparecen las nociones de heterosexualidad y homosexualidad entendidas respectivamente como normalidad y patología. (Preciado, 2020, p.66)

El abordaje del poder actuando sobre el cuerpo, entendido este como el lugar donde se van a materializar los discursos relativos a la sexualidad, la norma y la implantación del sistema sexo/género, (y con ello los atributos referidos a lo femenino y masculino en términos de normalización) puede ser abordado desde cómo se instala y opera la biopolítica, materializándose, por ejemplo, a través del discurso médico.

Según Michel Foucault (2008), en la segunda mitad del siglo XVIII comienza a gestarse la biopolítica como una nueva tecnología de poder que busca gestionar la vida, preocupándose por los procesos biológicos de conjunto que sufre el cuerpo-especie, como el nacimiento, la muerte y la enfermedad.

Este poder que recae sobre la vida no deja de lado la sexualidad, sino que la convierte, en el transcurso del siglo XIX, en un asunto de “especialistas” los cuales se encargarán de crear todo un arsenal teórico-estético de comprensión del cuerpo en términos de regulación, estabilización y “normalidad”, cuestión que se pliega a la fundación del psicoanálisis.

A pesar de sus diferencias de metodología y análisis, la mayoría de los historiadores coinciden en que, a finales del siglo XVIII, la invención de la estética de la diferencia sexual sirvió para apuntalar la ontología política del patriarcado al establecer diferencias «naturales» entre hombres y mujeres basadas en rasgos anatómicos y capacidades reproductivas, en una época en que la universalización de un único cuerpo humano vivo podría haber legitimado el acceso de las mujeres a las técnicas de gobierno y a la vida política. (Preciado, 2020, pp.65-66)

El aparato médico ha desempeñado un papel históricamente significativo en la gestión del cuerpo y la sexualidad, definiendo lo que se considera “normal” y “anormal”. Esto ha incluido la determinación de la heterosexualidad y la homosexualidad como categorías distintas, y la asociación de estas prácticas sexuales a conductas “normales” y “patológicas”. Así, ha establecido una serie de normas y expectativas sobre cómo los cuerpos masculinos y femeninos “deben ser” y comportarse, enfocándose especialmente en su capacidad reproductiva.

Sin embargo, estas expectativas han estado basadas en ideas estereotipadas y limitantes sobre los roles de género y la identidad sexual, llevando a la marginación, exclusión y discriminación de aquellos cuerpos que no se ajustan a dichos estándares. Esta construcción ha sido una herramienta poderosa para el control social y la opresión de grupos minoritarios y de disidencias.

Es fundamental tener en cuenta que la gestión del cuerpo y la sexualidad no es un proceso neutral, sino que está profundamente influenciado por factores sociales, culturales y políticos que, en este caso, reproducen de manera incesante las lógicas del patriarcado.

A lo largo de la historia, el aparato médico ha definido la sexualidad y el género de una manera que ha tenido un impacto significativo en cómo las personas se perciben a sí mismas y en cómo son percibidas por los demás. Esta definición ha sido moldeada por suposiciones y

estereotipos que han guiado la gestión del cuerpo y la sexualidad, y que han sido construidos a partir de perspectivas patriarcales, heteronormativas y binarias.

Al reconocer cómo estos marcos de comprensión han sido creados y perpetuados, es posible iniciar una crítica hacia su estructura y los términos en que se enmarca. Este gesto es particularmente importante para la teoría queer, ya que desafía las categorías binarias, heteronormativas y la comprensión rígida en torno a la identidad y la sexualidad.

El cuerpo, receptor del sistema biopolítico se ve atravesado ineditamente en los años cuarenta por un conjunto de nuevas tecnologías encargadas de enmarcar, delimitar y fijar las posibilidades de vida, así como también las zonas de visibilidad y exclusión a que se enfrentan los sujetos.

En el transcurso del sistema disciplinario al sistema biopolítico, la aparición de la noción de “género” es un elemento clave que permite hilvanar algunas mutaciones en la comprensión de la humanidad, especialmente en lo relativo a la sexualidad y la diferencia sexual. Según Preciado:

El discurso médico y psiquiátrico parece tener cada vez más problemas para hacer frente a la aparición de cuerpos a los que no se les puede asignar inmediatamente sexo femenino o masculino. A partir de los años cuarenta, con nuevas técnicas cromosómicas, endocrinológicas y con la extensión de la medicalización del parto, aparecen cada vez más bebés «intersexuales», antes llamados «hermafroditas». Frente a esos bebés, el estamento médico (el pedopsiquiatra norteamericano John Money) decide inventar una nueva taxonomía. Deja de lado la noción moderna de sexo como realidad anatómica e inventa la noción de género para hablar de la posibilidad de producir técnicamente la diferencia sexual. Las nociones de intersexualidad y de transexualidad aparecen también entre 1947 y 1960. (Preciado, 2020, p.76)

Asumiendo que las categorías dotan de poder a quienes son capaces manejarlas y administrarlas, la noción *gender* es utilizada por primera vez por el médico y psicólogo neozelandés John Money.

Para Money, el género nombra la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente conocido o construido como “masculino” o “femenino”; en este sentido, el género (construcción) se contrapone al determinismo biológico, es decir, al sexo anatómico.

Money asienta un antecedente que posibilita la discusión relativa al sistema sexo-género, donde el sexo es comprendido como lo dado, propio del cuerpo, relativo a la biología, mientras que el género participa de una construcción social y cultural de las diferencias, lo que corresponde a los debates entre esencialismo y constructivismo.

Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente. (Preciado, 2008, p.82)

Se puede establecer que a la rigidez con la que se había comprendido el género, John Money le opone la plasticidad tecnológica del género, cuando en 1947, utiliza por primera vez la palabra “*gender*” haciendo referencia a la modificación hormonal y quirúrgica a la que se ven enfrentados bebés intersexuales que son sometidos a procedimientos médicos con el fin de acomodarlos para que respondan a la norma visual que la medicina había instalado.

Para Money, el género puede ser modificado hasta los 18 meses de manera absolutamente plástica y maleable. Esta modificación del género se aplica como gestión de los problemas que surgen dentro del aparato médico debido a aquellos cuerpos que no pueden ser asignados inmediatamente como masculinos o femeninos de acuerdo con una lógica visual. En este sentido, la noción de género actúa como un dispositivo categorial de control biopolítico, una noción médica (técnica, biotecnológica) que, a partir de los años cuarenta, hace conscientes a las instituciones médicas de la articulación de la diferencia sexual en términos ópticos y reconoce la existencia de una multiplicidad irreductible de cuerpos y morfologías sexuales que exceden lo que se ha determinado como “normal” para el hombre y la mujer según criterios estético-anatómicos.

En sentido inverso, las morfologías-otras, los cuerpos extraños a la norma propiciaron una especie de falsa conciencia al establecer la diferencia basada en categorías de normalidad y anormalidad. El uso y desarrollo de tecnologías quirúrgicas, endocrinológicas y médicas se intensificó con la finalidad de encaminar a esas corporalidades que nacen excediendo la “norma” hacia el binarismo hombre/mujer, amparados en los criterios visuales que clausuran

el cuerpo, por ejemplo, a través de la delimitación de ciertos órganos específicos para cada sexo, hombre y mujer.

A partir de los años cincuenta del pasado siglo, la medicina y la psiquiatría perciben la existencia de una multiplicidad de cuerpos y de posiciones sexuales más allá del binario. Las controversias sociales y políticas no dejan de aumentar. Pero, en lugar de introducir cambios en la epistemología de la diferencia sexual, deciden cambiar los cuerpos, normalizar la sexualidad, rectificar las identificaciones. (Preciado, 2020, p.77)

En esta lógica, enmarcar el cuerpo en la categoría de “género” implica una clausura que tiene un efecto, haciéndolo parte de unas formas específicas de ver y asimilar la corporalidad. En este sentido, nociones como normal/patológico y masculino/femenino son ficciones políticas que se ven habilitadas por ámbitos discursivos-estéticos-médicos, capaces de producir imaginarios que se materializan en la vida real de los sujetos e indican qué responde a lo normal, además de habilitar técnicas de control patentadas como los códigos posibles para que los sujetos puedan vivir y ser narrados.

En otras palabras, ser hombre o mujer, o aquello que parece ser una realidad interna, una propiedad que cada cuerpo lleva consigo al nacer, no es más que un hecho que, en su producción y reproducción, ha sido instalado como algo natural.

El problema del sistema sexo/género

En respuesta al problema que introduce el sistema sexo/género, Judith Butler des-arma la estructura que concibe al “sexo” como una determinación. Cambiar de estatuto -dislocar- el sexo, es una acción radical que tensiona el esencialismo que enmarca a la mujer como la portadora de la diferencia en términos de anatomía reproductiva, y cuestiona al mismo tiempo los esquemas biologicistas que la determinan.

Butler cuestiona la dualidad y el binarismo, poniendo atención a la comprensión de la alteridad, cuestión que ya había enunciado De Beauvoir al advertir la presencia del orden de lo Uno y lo Otro. Butler desplaza lo femenino y lo masculino, repensando las categorías y generando una apertura para describir lo humano, re-narrando lo humano en categorías que

no se describen figurativamente en relación con una corporalidad enmarcada en términos reproductivos.

Uno de los problemas evidentes es que cierta trama que describe a las mujeres se ancla en un discurso biologicista y, aunque no se diga directamente, pareciera ser que la alteridad tiene que ver con el hecho de que las mujeres reproducen la especie y esa reproducción es la que queda devaluada en el orden falocéntrico y desde allí todos los pares antinómicos que conocemos como cultura/naturaleza, saber/intuición, luz/oscuridad. Estos pares se asumen como la descripción de lo masculino y lo femenino, pero radican y portan su signo en un inicio en el que se olvida que “existe” un orden natural de descripción de la especie, en el cual las mujeres tendrían que ver con eso de lo “natural”. La alteridad como categoría fundamental del pensamiento humano se inmiscuye en cómo han sido narradas las mujeres.

Butler propone que el sujeto (mujer) se construye (deviene) gracias a la reiteración de significantes, es decir, ve que en la repetición se encuentra una potencia fundadora que estructura ciertos modos de entender (y generar) el género.

Butler ve en la reiteración de los significantes no un destino absoluto, sino su posible alteración, un devenir que se encamina hacia la potencia performativa del género. En este sentido, si entendemos el sistema sexo/género como una construcción cultural, puede desarticularse y re-construirse de manera incesante. Es en este sentido que podemos cuestionar el lugar de lo femenino y leerlo desde cómo se han instalado sus significantes “reiterados” en la teoría psicoanalítica freudiana.

Dar cabida a la teoría de la performatividad, teniendo en cuenta que ella porta la potencia de una subversión de los discursos constituidos, creados artificialmente pero que son capaces de atravesar y materializar sus efectos en los cuerpos y en los géneros, es productivo en tanto abre múltiples posibilidades de entender el cuerpo, la diferencia, la sexualidad y, con ello, la cuestión relativa a la categoría de feminidad.

Hemos retomado brevemente la pregunta por lo que significa *ser mujer* a través de Simone de Beauvoir y hemos anunciado el *mito de la femineidad* como un elemento constitutivo de la construcción de los sujetos, que a su vez es tomado como natural. Se ha instalado el problema

del *sistema sexo-género*, insistiendo en el rol fundamental que tiene el discurso médico al momento de establecer las categorías con las que puede ser comprendido el cuerpo y con ello la *diferencia sexual*. Se ha puesto atención al trabajo acerca de la *performatividad del género* en Judith Butler porque se encuentra allí una forma de des-ajustar el lugar que le ha sido asignado a lo femenino.

Luego de este recorrido, hemos llegado al lugar en que nos propusimos explorar cómo está dada la construcción del concepto “femenino” en la teoría psicoanalítica freudiana, dado que el psicoanálisis es un sistema de pensamiento influyente en la forma en que se han comprendido históricamente las identidades y las relaciones sociales. Además revisamos cómo se ha planteado la epistemología de la diferencia sexual.

Freud, el psicoanálisis y la pregunta por lo femenino

*El psicoanálisis, por su particular naturaleza,
no pretende describir qué es la mujer
-una tarea de solución casi imposible para él-,
sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer
a partir del niño de disposición bisexual.*

Sigmund Freud

El psicoanálisis se instala como un campo específico de pensamiento y ejercicio clínico a partir de la invención del inconsciente. Esta noción es fundamental, ya que define de manera singular al sujeto y al lugar en que se desenvuelve. Particularmente, lo que va a marcar la noción freudiana de inconsciente es la extrañeza y, al mismo tiempo, el exilio del sujeto respecto a sí mismo desde el punto de vista de su identidad.

Históricamente, se fija y se reconoce el nacimiento del psicoanálisis en el texto freudiano “La interpretación de los sueños” (1900). En este libro, el autor se encarga por primera vez de abordar y describir el funcionamiento y las operaciones del inconsciente como una parte constitutiva de la experiencia de los sujetos. Sin embargo, se puede establecer que este punto de arriba encuentra su origen antes, en el trabajo referido a la histeria.

Para Juliet Mitchell:

El descubrimiento del inconsciente por parte de Freud estaba totalmente ligado a sus esfuerzos para comprender las perturbaciones neuróticas y, sobre todo, en los primeros tiempos, los síntomas de la histeria. Cuando comenzó a prever que los síntomas somáticos de la histeria (parálisis, contorsiones, etc.) eran la expresión física de ciertas ideas, se dedicó a escuchar más atentamente lo que sus pacientes decían. (Mitchell, 1982, p.25)

La Histeria (ὄστέρρα, matriz, útero) es el primer fenómeno patológico que se presenta inaccesible para la medicina, y que, al mismo tiempo, comienza a ser desprestigiado y descalificado por la institución médica.

El nombre de «histeria» proviene de los primeros tiempos de la

medicina y expresa el prejuicio, sólo superado en nuestra época, de que esta neurosis va unida a unas afecciones del aparato genésico femenino. En la Edad Media desempeñó un significativo papel histórico-cultural; a consecuencia de un contagio psíquico se presentó como epidemia, y constituye el fundamento real de la historia de las posesiones por el demonio y la brujería. Documentos de esa época atestiguan que su sintomatología no ha experimentado alteración alguna hasta el día de hoy. Su apreciación y su mejor inteligencia sólo se inician con los trabajos de Charcot y de la escuela de la Salpêtrière, por él inspirada. (Freud, 1888, p.45)

Georges Didi-Huberman (1982) en su libro “El Nacimiento de la Histeria” se encarga de hacer visible a través de la iconografía fotográfica de la Salpêtrière que en la escena originaria del psicoanálisis se establece una relación indisoluble con la histeria.

“La histeria fue, durante largo tiempo, la bestia negra de los médicos, puesto que representaba, para todos, un miedo enorme: pues era una aporía convertida en síntoma” (Didi-Huberman, 2018, p.94). En este sentido, la Histeria es una manifestación problemática, desafiante, inconcebible e inabordable de lo femenino, y es esta manifestación la que se encuentra en la base del psicoanálisis.

Siguiendo a Didi-Huberman, se sustenta la hipótesis de que, en el inicio y origen del psicoanálisis están las mujeres, en particular como sujetos sufrientes, de un cuerpo que les resulta desappropriado como efecto mismo de la vida psíquica.

Existe una suerte de paradoja en este punto, ya que se pone de manifiesto que, a pesar de encontrarse las mujeres en lo real como parte de esa escena originaria, gran parte del camino freudiano se sostiene sobre una especie de prescindencia de la diferencia, al menos de la diferencia sexual en este plano.

Esta es una de las incongruencias que se ha criticado enormemente desde la teoría feminista. En otros términos, Freud desarrolla una idea, una noción de aparato psíquico pretendiendo dar respuesta tanto a hombres como a mujeres, a lo femenino y a lo masculino; sin embargo, es sólo tardíamente que incorpora la pregunta específica acerca de lo femenino, lo cual lo ubica en un territorio enigmático.

“Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente desconocido} para la psicología” (Freud, 1925, p.262). En este desconocimiento cabe reconocer un factor importante. Él mismo intenta hacerse cargo de su propia crítica abriéndose a la pregunta sobre el lugar de lo femenino y, por lo tanto, advirtiendo también los efectos de esa trama de pensamiento en su trabajo.

Freud reconoce que existe una tarea pendiente al interior del psicoanálisis, en el sentido de que la idea de sujeto con la que ha trabajado es una noción que tiene un referente fundamental -hegemónico- Masculino. Sin embargo, el origen del psicoanálisis se establece con la observación y escucha de la Histeria, dicho de otro modo, en su origen hay cuerpo mujer (tramado por la feminidad como su característica). Esto quiere decir que, a pesar de que la fundación del psicoanálisis se basa en la escucha del sufrimiento encarnado en el cuerpo de las mujeres, la pregunta específica o singular acerca de ese ser mujer y, más propiamente, acerca de lo femenino que se encarna en ese ser mujer, eventualmente es una pregunta que aparece con mucha posterioridad.

Esta interrogante se desarrolla en artículos tardíos, donde Freud comienza a explorar específicamente la sexualidad femenina, lo femenino y la feminidad, por ejemplo en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), “Sobre la sexualidad femenina” (1931) y en la “33° conferencia. La feminidad” (1932).

Estos tres artículos, principalmente, apuntan a intentar hacerse cargo de ese déficit en el trabajo referido a la investigación y la dilucidación de lo femenino, reconociendo así que se trata de una cuestión pendiente.

El trabajo freudiano en torno a la diferencia sexual

Sexualidad infantil

Para abordar los planteamientos freudianos en torno a la diferencia sexual y el problema que le aporta lo femenino, es importante tener en cuenta que la teoría psicoanalítica freudiana se basa en la existencia de la *pulsión sexual* o *libido*, la cual es responsable de los impulsos

sexuales en los seres humanos y la búsqueda del placer; en este sentido, la pulsión sexual tiene un estatuto de Ley en su teoría.

En “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), Freud se enfocó en el estudio de la vida sexual infantil. Su propósito fue rastrear el origen de la pulsión sexual en esta etapa, ya que para él, las bases de la vida sexual se asientan en este período. Según el autor: “Un estudio a fondo de las manifestaciones sexuales de la infancia nos revelaría probablemente los rasgos esenciales de la pulsión sexual, dejaría traslucir su desarrollo y mostraría que está compuesta por diversas fuentes” (p.157). En este contexto, Freud se esfuerza por comprender la génesis de la pulsión en la infancia y su influencia en la constitución de la sexualidad humana, lo que resulta relevante para abordar el tema de la diferencia sexual y la comprensión del papel de lo femenino en su teoría.

En su obra, Freud explora el desarrollo de la sexualidad humana en las diferentes etapas que atraviesan los sujetos desde la infancia hasta la edad adulta. El autor resuelve que en la primera etapa destaca la naturaleza esencialmente autoerótica de la vida sexual infantil, en la que las pulsiones parciales singulares buscan conseguir placer cada una por su cuenta, sin estar conectadas. De ahí que la sexualidad infantil tenga un carácter *perverso-polimorfo*, perversa en el sentido de que no es una pulsión que esté regulada por las normas de “entrar en la cultura” y polimorfa porque no tiene un objeto, sino múltiples.

Para Freud, esta etapa debe encaminarse hacia el desarrollo de la sexualidad adulta, a la cual denomina *normal*, ya que en esta etapa la consecución del placer se pone al servicio de la reproducción, y las pulsiones parciales se organizan y unifican en torno a una única zona erógena que busca lograr la meta sexual en un objeto externo.

Hasta ahora hemos destacado los siguientes caracteres de la vida sexual infantil: es esencialmente autoerótica (su objeto se encuentra en el cuerpo propio) y sus pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí. El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena, han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno. (Freud, 1905, p.179)

Para Freud, en la etapa infantil no existen diferencias significativas en cuanto a la activación de las zonas erógenas y el desarrollo de la sexualidad. Esta similitud que comparten niños y niñas impide que se pueda rastrear “completamente” el surgimiento de la epistemología de la diferencia sexual en la infancia. Sin embargo, se puede reconocer la presencia de atisbos de categorías que son utilizadas en su epistemología de la diferencia sexual, como el hecho de referir términos de masculinidad y feminidad a lo activo y pasivo, respectivamente.

En este sentido, se puede indicar que Freud empieza a construir la diferencia sexual a través de dos categorías principales: activo/pasivo y masculino/femenino. Sin embargo, estas conceptualizaciones no cobran mucho valor en la etapa de la sexualidad infantil, ya que niños y niñas se encuentran en un estadio de similitud. Es solo con el arribo de la pubertad donde se establece la separación crucial entre la diferenciación entre roles activos y pasivos (masculino y femenino) en términos anatómicos.

Por otro lado, también, aparece la importancia de la etapa fálica como una situación clave en el desarrollo de la diferencia sexual. Freud establecerá que las categorías de masculino y femenino se basan en la presencia o ausencia de falo. En su teoría del complejo de Castración, sostiene que los niños creen que todos tienen indistintamente un falo (simbolizado por el pene) y suponen que todas las personas tienen uno, incluyendo a las niñas.

En cuanto al hecho de los dos sexos, al comienzo el niño no se revuelve contra él ni le opone reparo alguno. Para el varoncito es cosa natural suponer que todas las personas poseen un genital como el suyo, y le resulta imposible unir su falta a la representación que tiene de ellas. (Freud, 1905, p.177)

Este aspecto crucial en la operación de la diferencia sexual comienza cuando los niños se enfrentan a la posibilidad de que se les pueda castrar y perder el falo, lo que los lleva a reconocer la diferencia sexual (en términos ópticos).

En el caso de las niñas, el sentimiento de la *envidia del pene* surge como una consecuencia de la falta de falo y su deseo de tener uno, lo que la lleva a una identificación con el deseo masculino.

En resumen, Freud construye la diferencia sexual (en este período) a través de categorías que se relacionan con los roles activos y pasivos, así como con la presencia y ausencia de falo. Estas categorías se van definiendo en las sucesivas etapas del desarrollo sexual y psicológico, y es con el advenimiento de la pubertad que se establece la separación crucial entre lo masculino y lo femenino en términos anatómicos. Esto se verá reforzado a través de las categorías de *amenaza de castración*, *sentimiento de inferioridad* y *envidia del pene*.

El nacimiento psíquico de los sujetos

Una de las preguntas fundamentales en el trabajo freudiano acerca de “lo femenino”, se refiere a cómo concebir la estructura del aparato psíquico a partir de la introducción de la pregunta por lo femenino.

Según la teoría freudiana, la subjetividad de los individuos, hombres y mujeres se asienta sobre la base de una operación fundamental llamada “Prohibición del Incesto”, que se materializa en la configuración edípica. El nacimiento psíquico del sujeto se sitúa precisamente en lo que conocemos como el “Complejo de Edipo”, que implica la instalación de una ley simbólica.

Por una parte, esta ley prohíbe el acceso al objeto de amor primario (la madre) y, junto con esa prohibición, vehiculiza la posibilidad de una sustitución (del objeto) que es la apertura hacia una economía del deseo, es decir, la posibilidad de sustituir una cosa por otra.

Esta ley simbólica que se instala edípicamente consiste en lo siguiente, para Freud, el primer objeto de deseo tanto en niñas y niños es la madre, pero para permitir el ingreso a la cultura, con ello al lenguaje y a la operación simbólica, es indispensable que este primer objeto (originario, primitivo, fundamental) falte a su lugar, es fundamental que niño y niña renuncien a este primer objeto de amor. La renuncia está dada porque se establece una prohibición que se encarna en la función paterna, esta figura es la responsable de establecer la prohibición de acceder al objeto originario, pero para que la prohibición sea respetada, se requiere que esta ley opere como amenaza.

En definitiva, para Freud, el nacimiento psíquico es justamente el que se ubica en este momento, en la operación edípica que implica la renuncia al objeto amoroso para su sustitución por otro que es lo que abre a su vez una economía del deseo. Desde ese momento, todo objeto vendrá a ocupar el lugar de una sustitución, porque la característica fundamental que le otorga el psicoanálisis al objeto es que se define por faltar. Es en este estatuto que justamente puede soportar una economía del deseo en la medida que esta economía está comandada por la lógica de la sustitución.

Dicho de otro modo, el valor que un objeto toma para alguien es precisamente el valor de la imposibilidad de acceder a ese objeto.

Lo importante en este período para la configuración de la epistemología de la diferencia sexual en Freud es que la diferencia radica en las renunciaciones sucesivas que debe realizar la niña para superar el complejo de Edipo. En este sentido, la “renuncia” puede leerse como una categoría que describe a lo femenino.

Freud y la configuración del régimen estético de la diferencia sexual

Para Freud, la niña y el niño descubren que son diferentes a través de la visión anatómica de sus órganos sexuales. La “diferencia anatómica entre los sexos” atribuye un cierto sentido y significado que es lo que más tarde se denominará “las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”. Las diferencias, plantea Freud, están dadas porque en algún momento del desarrollo, los niños ven que hay otras personas que no tienen algo que ellos sí. Y esta diferencia entre tener y no-tener es interpretada por ellos como la consecuencia de una desobediencia respecto de la ley fundamental. Piensan que la desobediencia, la resistencia a renunciar al objeto de amor-madre, ha tenido como efecto la castración.

En otras palabras, para Freud, la diferencia entre pene/no-pene se conceptualiza, se interpreta como castración y esa castración que los niños observan en las mujeres es considerada como el resultado de una desobediencia o de una resistencia frente a la prohibición de acceder o de apropiarse del objeto primario de deseo.

El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias. De poco le sirve al niño que la ciencia biológica dé razón a su prejuicio y deba reconocer al clítoris femenino como un auténtico sustituto del pene. En cuanto a la niña, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego. (Freud, 1905, pp. 177-178)

En el caso de los niños, es el temor a la castración lo que conduce o vehiculiza este proceso subjetivo por el cual llegan a tomar una posición “masculina”.

Frente a la diferencia sexual, se puede pensar que justamente lo que ocurre, la consecuencia psíquica principal de esta diferencia es la toma de posición frente a *la diferencia*. Pero para tomar esta posición, tanto niños como niñas hacen una interpretación y le dan un lugar y un estatuto a esta diferencia. Ese lugar es la *Castración*.

El niño toma su lugar basándose en la idea de que la Castración es resultado de una desobediencia, y ante el temor que provoca esa posibilidad, elige renunciar a su objeto de deseo y se pliega al poder del padre, ya que éste último es visto como quien puede ejercer la operación mutiladora. En otras palabras, para el niño, la elección se desarrolla de la siguiente manera: desde una primera fase de amor hacia la madre, el niño se desplaza hacia un estado de temor ante la posibilidad de la castración y este temor lo orienta hacia la identificación con el padre. De este modo, el niño se convierte en parte de la ecuación a través de la cual el objeto al que ha renunciado puede ser sustituido por otro con las mismas características. Esta es la base de la elección heterosexual, ya que el niño se enamorará algún día de una mujer que porte las características de su primer objeto de amor, la madre.

En el caso de las niñas, según Freud, también se da un proceso similar, donde por una parte, sitúan la diferencia como castración, pero la atribuyen a la madre. Las niñas viven esta diferencia como una suerte de privación o de despojo, lo que tendrá importantes efectos ya que se ven privadas de algo que tendría el poder de otorgar el acceso al objeto de deseo³. Para

³ Esta clave es uno de los puntos centrales en la argumentación de Juliet Mitchell (1976) cuando establece que el pensamiento freudiano no es un pensamiento patriarcal, ya que más bien lo que hace es reconocer y dar lugar a la construcción cultural de un poder patriarcal que otorga valor desigual a lo masculino y a lo femenino, ya que Freud reconoce hay una valoración cultural del pene -falo- y un menosprecio a lo femenino.

Freud, en este sentido, la niña se siente menoscabada ante su ausencia de pene porque atribuye a él el poder de acceso al objeto de deseo. Dicho de otro modo, la niña se enfrenta a la ausencia de pene como un falo -como un objeto cultural- y culpa a la madre (su primer objeto amoroso) de esta carencia, responsabilizándola por no haberla dotado con el órgano “correcto”.

La situación de la niña es bien distinta a lo que ocurre con el niño; la niña al descubrir esta diferencia ya no tiene nada que perder. Por el contrario, lo que la diferencia viene a hacerle presente es justamente su carencia. Al no tener nada más que perder porque ya lo perdió todo, se da cuenta también que no va a tener acceso a su objeto de amor (madre), y vive el resentimiento de haber sido privada, atribuyendo esta falta a la madre. La niña no vive el temor el temor a la Castración, sino que vive el Complejo de Castración, que, a su vez, se asocia a la envidia del pene, envidia a aquel que lo tiene, porque en la fantasía de la niña, tenerlo le permitirá acceder al objeto de deseo. Al reconocer la falta, reconoce que ya no tiene nada más que perder.

En definitiva, la diferencia se configura para Freud de la siguiente manera: niño y niña nacen en posiciones equivalentes respecto al deseo, esto porque ambos tienen como primer objeto amoroso a la madre, pero también, ambos, niña y niño deben separarse y tomar distancia respecto de ella. El trayecto a través del cual esta distancia se va estableciendo es el que resulta distinto.

Para el niño, la configuración tiene que ver con el temor de la castración, la identificación con el padre y la sustitución del objeto por otro; mientras que para la niña se vehiculiza por la vía del reconocimiento de la diferencia, que es privación/despojo, la responsabilización de la madre respecto de esa falta, la separación de la madre desde un movimiento justamente rabioso, de interpelación, para luego investir a otro como objeto de deseo, al padre. Para Freud, esto implica que el padre es tomado como (segundo) objeto de deseo de la niña, pero al cual la niña también debe renunciar en el marco del Complejo de Edipo.

En suma, la diferencia radica en que el niño renuncia a la madre porque puede perder algo si no lo hace, y la niña renuncia al padre, que es en primer lugar ya un objeto secundario, pero, además, sin tener nada que perder.

Esta configuración implica entender lo edípico como una operación simbólica fundamental para la constitución del sujeto y uno de los puntos de inicio hacia la configuración de la epistemología de la diferencia sexual.

En este punto, las coordenadas narrativas del psicoanálisis freudiano, a través de las cuales se establece la diferencia sexual y que determinan a la niña, resultan mucho más evidentes. Categorías como privación, despojo, menoscabo, envidia, imposibilidad de acceso al objeto de deseo, sentimiento de ambivalencia hacia la madre, rabia, resentimiento, son cuestiones que luego derivan a adjetivos como vergüenza, inferioridad y pasividad y serán los descriptores de la feminidad que está articulando Freud.

La toma de posición en la diferencia sexual: una cuestión irresoluble

Freud establece que el arribo a lo edípico no es completamente equivalente para hombres y mujeres. La niña tiene una determinación de su vida psíquica que se establece tanto edípicamente como desde el punto de vista pre-edípico, ya que la relación con su primer objeto de deseo está radicada en ese lugar previo al Edipo.

La operación edípica instala una pertenencia a la cultura a través de un sometimiento a la ley cultural como condición de ingreso, y esta entrada a la cultura sería diferente en niños y niñas.

El sometimiento a la ley cultural puede entenderse a través del “superyó” como la manifestación subjetiva de esta ley cultural fundamental que hace de cada sujeto perteneciente a un colectivo, a una serie, a la cultura.

Para Freud, enfrentar esta entrada a la cultura, desde la posición en que se encuentra la niña de ya haberlo perdido todo, implica hacer la pregunta acerca de qué podría sostener, dar sentido y permitir la sujeción o sometimiento a esa ley cultural. La consecuencia psíquica aquí estaría dada en que la estructura psíquica de hombres y mujeres no es equivalente.

En el caso de los hombres o para quienes toman una posición masculina respecto a la diferencia, lo que sostiene el anudamiento es la prohibición, instalada como ley cultural a

partir del temor a la castración. Para las niñas, en cambio, la estructura psíquica no se encontraría sostenida tanto en la prohibición como sí en la decepción, que ha dado origen al despliegue de lo edípico, la decepción de la castración pero, sobre todo, la decepción acerca de la madre.

Esto se condensa en que, si la estructura/subjetividad masculina encuentra en lo edípico su fundamento y punto de anudamiento, la subjetividad femenina encuentra en lo pre-edípico su determinación fundamental.

El psicoanálisis feminista ha investigado durante décadas sobre el lugar de lo pre-edípico como un espacio o este continente negro al que Freud se acerca tardíamente, dando cuenta de la pregunta por lo femenino.

En definitiva, desde el punto de vista freudiano, la conformación de la subjetividad implica o tiene como condición la toma de posición frente a la diferencia sexual. No es posible constituirse como sujeto sin tomar posición frente a ello. Esto no implica que no puedan ocurrir tránsitos, incluso tomar una posición no resuelve completamente el problema de la diferencia sexual, es un problema que vuelve persistentemente en el desarrollo de la vida y se presenta como un malestar que toma la forma de distintos síntomas, ya que tomar una posición no zanja el problema que la diferencia sexual plantea. La toma de posición no es una respuesta definitiva a la pregunta.

Una pregunta⁴ en el sentido más radical del término es una pregunta que nunca tiene respuesta. La diferencia se define justamente porque es una *rasgadura* (Derrida) que no tiene vuelta atrás. La diferencia no es asible, no puede colmarse ese espacio abierto por la diferencia, no hay respuesta definitiva.

Que alguien tome una posición masculina o femenina no asegura una identidad. Tomar posición frente a este problema no asegura nada, es una toma de posición (relativa) que permite ocupar un lugar.

⁴ Para Derrida, una pregunta no es simplemente una búsqueda de una respuesta, sino más bien una apertura a la posibilidad de la pregunta misma. En otras palabras, la pregunta no tiene una respuesta definitiva, y es precisamente esa falta de respuesta lo que la hace interesante y significativa. Derrida sostiene que la pregunta es fundamentalmente una “rasgadura” en la realidad, que abre un espacio de incertidumbre e indeterminación. En este sentido, la pregunta es una herramienta crítica que nos permite cuestionar y desafiar las estructuras de poder y las normas que dan forma y condicionan la vida.

Freud configura tres destinos posibles, a través de los cuales las mujeres pueden tomar una posición respecto al problema de la diferencia sexual: la maternidad, la homosexualidad y la histeria. La maternidad sería el destino “normal” para la mujer que está dado por la identificación con la madre; la homosexualidad pone el acento en lo pre-edípico tomando el lugar de la madre como objeto de deseo; y la histeria como una solución patológica.

La feminidad, a diferencia de la masculinidad, no se define por un horizonte fijo, o más definido, sino que se compone de una complejidad y heterogeneidad interna. En este sentido, el desarrollo de la feminidad está marcado por sucesivas renunciaciones, como la renuncia en la fase fálica a la zona erógena rectora, el clítoris, en favor de la satisfacción vaginal, lo que implica un cambio de una sexualidad fálica activa a una pasiva. Asimismo, la niña renuncia a su primer objeto de amor, la madre, y lo reemplaza por el padre.

En el desarrollo femenino, se produce un proceso de transporte de una fase a otra que carece de análogo en el varón. En resumen, la feminidad se caracteriza por su complejidad y heterogeneidad, y su desarrollo implica una serie de renunciaciones sucesivas que no tienen lugar en la misma medida en el desarrollo de la masculinidad.

Sin embargo, la pregunta fundamental de lo femenino, en relación con la interrogante acerca de qué es una mujer, es una pregunta que no tiene respuesta. Nadie podría tener una respuesta definitiva, la toma de posición no se asienta sobre una respuesta que solucione el problema de la diferencia; la toma de posición es más bien una elección de un lugar respecto a ese problema que no es lo mismo.

En el pensamiento freudiano, la diferencia sexual se presenta como un problema persistente sin una respuesta definitiva. En lugar de una solución, se trata de una elección de posición frente al problema de la diferencia sexual.

En este contexto, la feminidad surge como el correlato de una epistemología de la diferencia sexual que intenta darle una forma aprehensible a esta cuestión en constante movimiento y cambio.

El psicoanálisis freudiano ha sido cómplice en la creación y mantención de una epistemología de la diferencia sexual, en la cual se establece que la diferencia no es una cuestión meramente natural, sino que se construye a través de los procesos de identificación y de represión sobre

los impulsos sexuales, y estos están determinados por una serie de categorías rígidas que le tocan a cada sujeto. Sin embargo, esta misma epistemología también ha permitido que se comprenda el carácter aporético de la feminidad, es decir, como un problema irresoluble y contradictorio que surge precisamente de la forma en que se ha construido la diferencia sexual en la gramática psicoanalítica.

La potencia de leer la feminidad y su característica aporética radica en que nos permite cuestionar el binarismo y la normatividad con que se establece la diferencia sexual. Al leer cómo se ha instalado la feminidad en su carácter problemático, se reconoce que no hay una definición fija o esencial de lo que es “ser mujer”, y a su vez, que las identidades de género se han construido, por lo tanto, están sujetas a cambios y re-construcciones constantes.

El problema de las identificaciones sexuales

Establecemos que en el problema de la diferencia hay un lugar “vacío”; sin embargo, la diferencia es puro movimiento, puro diferir. Allí se instala la femineidad como el correlato de esta epistemología de la diferencia sexual construida por Freud para darle a la diferencia una forma aprehensible.

Según la concepción freudiana de la sexualidad desarrollada en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), se considera que niño y niña originariamente comparten un carácter de sexualidad bisexual, y que la elección de objeto asociada a la heterosexualidad u homosexualidad es el resultado de un proceso, de un trayecto que reprime una parte del deseo. En este sentido, la identidad sexual es el resultado de un proceso, no es algo natural.

Podríamos pensar incluso que la diferencia sexual es en último término “La diferencia”, la diferencia más primaria, más básica, porque compromete al sujeto a tomar una posición que está caracterizada por mantener vigente la pregunta misma sobre la diferencia sexual, o sea, la tragedia, el drama, el sufrimiento del sujeto es justamente el resultado de esa imposibilidad de una identidad plena en relación con esa posición respecto a la diferencia.

Desde la teoría psicoanalítica, se podría pensar que toda respuesta posible a esa pregunta masculino/femenino es ilusoria, imaginaria, fantasmática, una fantasía con efectos adversos en el sentido de que mientras más el sujeto se apegue a su fantasía identitaria, más difícil

tendrá la vida subjetiva y afectiva, ya que la sobre identificación con una posición no es otra cosa que el síntoma de la neurosis. En este sentido, que un sujeto tome una posición femenina y afirme “ser mujer”, no resuelve la pregunta, siempre se volverá sobre ese “qué significa ser mujer”.

Una toma de posición, sin embargo, no tiene por qué ser una defensa, pero cuando esa toma de posición flaquea, emergen las defensas que son, sobre todo, identitarias, afirmar “yo soy un hombre”, “yo soy una mujer”, “yo soy heterosexual”, etc. La afirmación del ser, una sobre identificación con la posición tomada sería justamente el destino más sufriente para alguien.

En lo que concierne a la diferencia, la toma de posición no zanja el problema, pero en la medida en que alguien pueda preguntarse justamente sobre esa posición, podemos pensar que conserva o que conquista una cierta libertad subjetiva; en su reverso, cuando la condición de tomar una posición es silenciar cualquier pregunta, podemos decir que esa persona sufre la esclavitud de una identidad.

En el siguiente capítulo revisamos cómo esta “toma de posición” es llevada a cabo por Paul Preciado y en qué radica su crítica hacia la epistemología de la diferencia sexual.

Crítica de Paul Preciado al psicoanálisis o por un psicoanálisis mutante

Yo soy el monstruo que os habla

*Discurso de un hombre trans,
de un cuerpo no-binario,
ante l'École de
la Cause freudienne de Francia.
Paul B. Preciado*

El discurso de Paul B. Preciado en 2019, reclama a la institución psicoanalítica que se haga cargo de la actual transformación de la epistemología sexual y de género.

Para el autor, vivimos tramados por un régimen dominado por la diferencia sexual y es, en este sentido, que cada uno vive de acuerdo con uno u otro lado de la frontera de género: masculino y femenino, pero nos dirá que esta diferencia no es natural.

El autor elige la “jaula trans” y desde ahí articula su política de subversión y crítica hacia la epistemología de la diferencia sexual que se reproduce en el psicoanálisis.

Yo, cuerpo marcado por el discurso médico y legal como «transexual», caracterizado en la mayoría de sus diagnósticos psicoanalíticos como un «enfermo mental» en mayor o menor grado, como un «disfórico de género», o estando, según sus sofisticadas y dañinas teorías, más allá de la neurosis, al borde o incluso dentro de la psicosis, habiendo sido incapaz, según ustedes, de resolver correctamente un complejo de Edipo o una envidia del pene [...]. Yo soy el monstruo que os habla. El monstruo que vosotros mismos habéis construido con vuestro discurso y vuestras prácticas clínicas. Yo soy el monstruo que se levanta del diván y toma la palabra, no como paciente, sino como ciudadano y como vuestro semejante monstruoso. (Preciado, 2020, pp.18-19)

Para el autor, la identidad normativa contiene una especie de confort ensordecedor, que no permite ver el dispositivo de sexuación que la articula. “Si se te asigna género femenino se espera de ti que cumplas de un trabajo de género y sexual eficaz, silencioso y reproductivo” (Preciado, 2020, p.23).

Refiriéndose a la identidad (femenina) desde la que transitó, comenta: Debía convertirme en una buena novia heterosexual, en una buena esposa, en una buena madre, en una mujer

discreta. ¿Qué había en mi cuerpo que permitiera predecir toda mi vida? No encuentra una explicación, *estaba atrapado*. Como no protestaba, ni hacía ruido contra lo que se esperaba de ella (de Beatriz), esto significaba que sería receptiva al entrenamiento, pero las cosas cambiaron, Paul se resistió al proceso sistemático de domesticación y de aniquilamiento de su potencia vital. En el afán de buscar únicamente una salida: a donde fuera. (Preciado, 2020, p.24).

Para avanzar y escapar de esa parodia de la diferencia sexual y con tal de no detenerse con los brazos en alto, ahogado contra los límites de esa taxonomía, comienza a inyectarse testosterona, encuentra en la testosterona una aliada en la tarea de inventar un afuera. *La libertad no te la da nadie, se fabrica*. (Preciado, 2020, pp. 28-30).

Dejar el régimen de la diferencia sexual implica abandonar la esfera de lo humano y entrar en un espacio de subalternidad, violencia y control. Si el régimen de la diferencia sexual puede imaginarse como una red que limita nuestra percepción y nuestra forma de sentir y de amar, la travesía de la transexualidad, por tortuosa y accidentada que parezca, le ha permitido a Preciado experimentar la vida y la percepción fuera de la red. En este sentido, habla de la libertad como una salida que se construye. (Preciado, 2020, pp.31-32).

Para el autor, detrás de la máscara de la feminidad y de la masculinidad dominantes, detrás de la heterosexualidad normativa se ocultan múltiples formas de resistencia y desviación.

El hombre blanco, tiene el privilegio de la universalidad. Sin embargo: “No hay identidad más esclerotizada y rígida que su identidad invisible. Su identidad ligera y anónima es el privilegio de la norma de género, sexual y racial. [...] Todos tenemos identidad. O, mejor dicho, nadie tiene identidad. Todos ocupamos un lugar distinto en una red compleja de relaciones de poder” (Preciado, 2020, pp.38-39).

Como el psicoanálisis y la psicología normativa dan sentido a los procesos de subjetivación dentro del régimen de la diferencia sexual, de género binario y heterosexual, toda sexualidad no heterosexual, todo proceso de transición de género o toda identificación de género no-binaria desata una proliferación de diagnósticos. (Preciado, 2020, p.40)

Cuestión que ya reflexionamos en torno al rol del aparato médico, en donde no hay órganos sexuales sino como enclaves del poder.

En palabras de Preciado (2020):

No hablo aquí del cuerpo vivo como de un objeto anatómico, sino como lo que denomino «somateca», un archivo político viviente. Del mismo modo que Freud consideró que el aparato psíquico excedía la conciencia, hoy es necesario articular una nueva noción de aparato somático para dar cabida a las modalidades tanto históricas como externalizadas del cuerpo, aquellas que existen mediadas por las tecnologías digitales o farmacológicas, bioquímicas o prostéticas. La somateca está mutando. El monstruo es aquel que vive en transición. (pp.44-45)

Con el derrumbamiento de las categorías de masculinidad y feminidad normativas, con la mutación de los cuerpos, del archivo político viviente, el psicoanálisis debería entrar en un proceso de mutación también y repensar la *antigua epistemología de la diferencia sexual*.

Argumento

La crítica de Paul Preciado se puede articular en torno a tres ideas: I) el régimen de la diferencia sexual con el que trabaja el psicoanálisis no es natural, es una epistemología política del cuerpo por lo tanto es histórica y cambiante; II) esta epistemología binaria y jerárquica entra en crisis, al menos a partir de los años cuarenta del pasado siglo, no sólo por los movimientos políticos de minorías y disidencias, sino también por la aparición de nuevos datos científicos que hacen imposible la asignación binaria; III) como consecuencia de estos cambios, la epistemología de la diferencia sexual está mutando, y para Preciado, esta mutación propiciará una nueva epistemología en el futuro.

Los movimientos queer y transfeministas, que denuncian nuevas prácticas de filiación, de relación, de identificación, de deseo, de sexualidad, son indicios de esta mutación (Preciado, 2019, pp.57-58). Frente a esta mutación epistemológica, Preciado interroga a los psicoanalistas: ¿qué harán con su discurso y en la práctica clínica teniendo en cuenta un proceso tan importante como este?

I

Que la teoría psicoanalítica repose sobre el régimen de la diferencia sexual, aun cuando éste no sea una realidad empírica, ni un orden simbólico que subyace a la estructura del inconsciente, sino, en palabras del autor: una epistemología del ser vivo, una cartografía anatómica, una economía política del cuerpo y una gestión colectiva de las energías deseante y reproductivas que se cristaliza históricamente durante la segunda mitad del siglo XIX, una máquina performativa que produce y legitima un orden político y económico específico: el patriarcado heterocolonial.

Cuando hablo del régimen de la diferencia sexual como de una epistemología me refiero a un sistema histórico de representación, a un conjunto de discursos, de instituciones, de convenciones y de acuerdos culturales (ya sean simbólicos, religiosos, científicos, técnicos o comerciales) que permiten decidir a una sociedad determinada aquello que es verdadero y distinguirlo de lo falso. Una epistemología determina un orden de lo visible y lo invisible, por tanto una ontología y un orden de lo político; es decir, determina la diferencia entre lo que existe y lo que no existe, determina un modo específico de experimentar la realidad a través del lenguaje, un conjunto de instituciones que regulan los rituales de la producción y de la reproducción social. (Preciado, 2020, p.60)

Para Preciado, lo propio de una epistemología es tener una capacidad de flexibilidad para aceptar la resolución de un cierto número de problemas, hasta que los problemas generados por dicha epistemología son más numerosos que los resueltos por ella misma. Como resultado, la epistemología se vuelve obsoleta y es desplazada por un sistema capaz de responder a las nuevas preguntas.

Este sería el quiebre que Preciado indica: la epistemología de la diferencia sexual genera demasiados problemas a los que ya no puede dar respuestas. Ante esta situación, es necesario un rediseño en el psicoanálisis que contemple la mutación y sea capaz de abordar estas nuevas preguntas.

“Pues bien, podríamos decir que la epistemología de la diferencia sexual es un paradigma cultural y científico-técnico histórico, que no siempre ha existido, que está sujeto a críticas y

a cambios” (Preciado, pp.62-63). Antes del siglo XVII, el cuerpo y la subjetividad femeninas no eran reconocidos como sujetos políticos, no existían ni anatómicamente ni políticamente como subjetividades plenas. “No había mujeres. Había madres.” Solo el cuerpo masculino y su sexualidad eran reconocidos como soberanos. A lo largo de los siglos XVIII y XIX emergen técnicas médicas y visuales que determinan una “estética de la diferencia sexual” que pone énfasis en los rasgos anatómicos y las capacidades reproductivas. El psicoanálisis trabaja dentro de esta epistemología de la diferencia sexual y ha sido fundamental en la fabricación de las “psiques” femenina y masculina, dando forma a un núcleo de identificación basado en la autoficción y regulado por relatos normativos (Preciado, 2019 p.68).

No me digan que la diferencia sexual no es relevante para explicar la estructura del aparato psíquico. Todo el edificio freudiano está pensado desde la posición de la masculinidad patriarcal, desde el cuerpo masculino heterosexual entendido como el cuerpo con pene eréctil, penetrante y eyaculante; por eso “las mujeres” en psicoanálisis, esos extraños animales que a veces tienen útero reproductivo y clítoris son siempre y todavía hoy un problema. Por eso necesitan ustedes (honorables señores y señoras de la Escuela de la Causa Freudiana) un día para hablar de “las mujeres en psicoanálisis. (Preciado, 2020, pp.68-69)

El psicoanálisis freudiano funcionó a partir del siglo XIX como una tecnología de gestión del aparato psíquico “encerrado” en la epistemología patriarco-colonial de la diferencia sexual, y debe ser criticado a la luz de los procesos contemporáneos de emancipación política y de transformación científico-técnica. En este sentido, el psicoanálisis freudiano ha centrado la normalización de la feminidad y la masculinidad heterosexual, así como el deseo y la autoridad del padre, en la narrativa clínica. Esto exige una urgencia para llevar a cabo una relectura feminista y queer del complejo de Edipo.

La propuesta de Preciado, en este punto, es una clínica radicalmente política que comience con un proceso de despatriarcalización y descolonización del cuerpo y del aparato psíquico, con el fin de romper la fidelidad del psicoanálisis elaborado en el siglo XX al paradigma de la diferencia sexual (Preciado, 2020, p.72).

II

La epistemología de la diferencia sexual con la que el psicoanálisis trabajó de manera acrítica entra en crisis después de la Segunda Guerra Mundial, principalmente debido a la lucha y politización de los cuerpos que habían sido considerados abyectos o monstruos dentro de esa epistemología, así como por la invención de nuevas técnicas de representación de las estructuras bioquímicas.

En este escenario, la medicina tiene cada vez más dificultades para lidiar con los cuerpos que exceden el binario masculino/femenino. Este problema fue trabajado previamente en el capítulo sobre la consolidación de las nociones centrales de la epistemología de la diferencia sexual, donde hicimos referencia al trabajo de John Money (por lo que no ahondaremos en ello). En definitiva, el problema en este punto es que en lugar de mutar la epistemología, la institución médica, psiquiátrica, psicológica decide modificar los cuerpos, normalizar la sexualidad, rectificar las identidades. Money terminó produciendo un metasistema que es casi más rígido que la noción moderna de sexo y diferencia anatómica. Este metasistema introduce la gramática del género pensada como una construcción social endocrinológica, es un sistema de diferencias que no escapa -por desgracia- al binarismo sexual y a la genealogía patriarcal del hombre (Preciado, 2020, p.78).

III

A partir de finales de los años sesenta, la epistemología de la diferencia sexual entra en un proceso de cuestionamiento y mutación imparable gracias a los procesos de descolonización, la comercialización de la píldora anticonceptiva y la despatologización de la homosexualidad, como resultado de las demandas de los movimientos de minorías (Preciado, 2019 p.91). Preciado indica que a partir de 2010, la Organización Mundial de la Salud matiza sus posiciones sobre la existencia de una variación en la realidad morfológica, anatómica y cromosómica de los cuerpos humanos que va más allá del binarismo sexual y de género. La OMS afirma “el género típicamente descrito como masculino y femenino es una construcción

social que varía según las culturas y las épocas” (Preciado, 2019 p.92-93). Al aceptar la viabilidad no patológica de las encarnaciones corporales y las expresiones sociales de género y sexualidad, “la Organización Mundial de la Salud reconoce la dimensión arbitraria y no natural de la taxonomía binaria con la que trabajan las instituciones sociales y políticas en Occidente y abre la puerta no solo a una reformulación local de sus términos, sino también a una revisión más profunda del paradigma de la diferencia sexual” (Preciado, 2020, p.93).

Por otro lado, la organización del movimiento trans y las denuncias hacia la patologización de la transexualidad también contribuyen a este proceso de cuestionamiento, ya que implican pensar de otros modos las reasignaciones de género, la modificación hormonal y quirúrgica y los cambios en las nominaciones. Aparece la potencia política que reclaman cada vez más cuerpos de identificarse como no-binarios para cuestionar el “cis-tema”.

La transición de género y la afirmación de un género no-binario no solo ponen en crisis las nociones normativas de masculinidad y feminidad, sino también las categorías de heterosexualidad y homosexualidad con las que trabajan el psicoanálisis y la psicología. Una vez que se rechazan los diagnósticos de “disforia de género” y se afirma la posibilidad de otras identificaciones, las categorías normativas de la homosexualidad y la heterosexualidad, de la actividad y la pasividad sexual, de lo penetrante y lo penetrado, se vuelven obsoletas (Preciado, 2020, p.95).

Por otro lado, la posibilidad de vivir otros modos de sexualidad reproductivos gracias a la multiplicidad de técnicas de gestión de la reproducción y que no corresponden a la heterosexualidad politiza el lugar de las relaciones filiales venideras, maternidades, paternidades, paternidad trans, gestación por vientre de alquiler, externalización del útero.

En este contexto, Preciado indica que estamos viviendo un momento de importancia histórica sin precedentes, el paradigma de la diferencia sexual está mutando imparablemente, se trata más bien de una proliferación de prácticas y formas de vida, una multiplicación de deseos más “sin falo” que acéfalos. La violenta y arbitraria epistemología de la diferencia sexual está mutando. En este contexto, el psicoanálisis se enfrenta a una elección histórica:

No pueden seguir afirmando la universalidad de la diferencia sexual y la estabilidad de las identificaciones heterosexuales y homosexuales en una sociedad en la que es legal cambiar de sexo o identificarse

como persona de sexo no-binario, en una sociedad donde hay ya miles de niños que han nacido de familias no heterosexuales y no-binarias. (Preciado, 2020, pp. 96-102)

La tarea del psicoanálisis es escuchar las voces de los cuerpos que están por fuera de la norma. ¿Qué hará el psicoanálisis con los monstruos? Ya no hay excusa para evitar que el psicoanálisis cuestione sus propias categorías.

El psicoanálisis necesita entrar en un *feedback* crítico con las tradiciones de resistencia política transfeminista si quiere dejar de ser una tecnología de normalización heteropatriarcal y de legitimación de la violencia necropolítica, y convertirse en una tecnología de invención de subjetividades disidentes frente a la norma. (Preciado, 2020, p.104)

Otra perspectiva desde Michel Tort

Los intercambios y cuestionamientos con respecto a la teoría psicoanalítica no se limitan únicamente a voces externas a la disciplina. De hecho, 14 años antes del polémico discurso de Paul Preciado, Michel Tort psicoanalista y académico de la Universidad de París VII, publicó el libro “Fin del dogma paterno” (2005). En este libro, “el autor discute en profundidad el lugar ocupado por el psicoanálisis en los discursos que dan cuenta de la condición histórica, y por lo tanto política, de la subjetividad; especialmente cuando se trata de asuntos relativos a la sexualidad, la filiación, las parentalidades” (Tort, 2007, p.5).

Tort articula un “diagnóstico” sobre la declinación de la función paterna. Para él, “el Padre” es el nombre de una solución histórica que está siendo desplazada. En un arreglo de las relaciones de sexo y de poder, que utiliza ciertos aspectos del funcionamiento psíquico, arreglo que ha cumplido su ciclo (Tort, 2008, pp. 15-16).

El Padre es el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, Tort da cuenta de que este estatuto simbólico falla, entra en crisis a principios de la modernidad (fenómeno que también señala Preciado) lo que generaría nuevas disposiciones de las relaciones de parentalidad.

Tort sostiene que, en la perspectiva del discurso del Padre la historia como tal no existe, en lugar de ello, se trata de mostrar bajo su aparente desarrollo, las maniobras de un universal metapsicológico, y que este movimiento de interpretación metafísica de la historia se despliega en una psicopatología “psicoanalítica” de lo social, que expone lo que está en juego en el paso a la modernidad. La autoridad del vocablo religioso, filosófico ayer, psicoanalítico en lo sucesivo dirá Tort, se viste de vaticinios que describen desde siempre las infatigables “enfermedades del alma”, el espejo de un *malestar*, que es bueno tender en los contemporáneos para que se sientan sostenidos en las angustias que impone cualquier tipo de cambio (Tort, 2008, p.18).

El núcleo de este discurso abarca un conjunto de puntos, entre los cuales se establecen ciertas relaciones, donde el centro es el desafío “humanizante” que representa la “subjetivación”, cuyo mecanismo impulsor es la función paterna. A través de esta función, se

pretende garantizar la transmisión de la prohibición fundadora entre las generaciones y la diferencia sexual. En este sentido, la función paterna ocupa una posición central y particular, en la medida en que se le supone gobierna a las demás, lo cual presenta el inconveniente de sacarla de la historia en el momento en que habría que hacer la regresión a ella. Aquello que se expresa en las declinaciones son las transformaciones de los sistemas de gobierno y de poder en la sexualidad y la vida que se manifiesta en las sociedades occidentales, emerge una crisis en los modelos políticos de esos poderes, los cuales se alejan cada vez más del recurso del modelo paterno (Tort, 2008, p.19).

Tort aduce que:

Michel Foucault había empezado a despejar la dialéctica compleja de las relaciones entre sujeción y subjetivación según una nueva modalidad que permite salir de una concepción simplista del poder. Los sujetos son el resultado de tecnologías de poder históricas por reconstruir, al mismo tiempo que de su resistencia a esas sujeciones. El principal desafío de la lucha reside, precisamente, en la constitución de sujetos definidos por sus maneras de gobernar, de ser gobernados y de gobernarse para no serlo. (Tort, 2008, p.20)

Desde esta perspectiva, la obstinación y la resistencia en no permitir ser gobernados ocupan un lugar principal. En estas condiciones, los propósitos planteados en relación con la emergencia del sujeto en el psicoanálisis, en su versión freudiana, no pueden separarse de las grandes divisiones que reinterpretan en nuestras sociedades la cuestión del sometimiento, del poder y de la obediencia, o de la resistencia.

Para el autor, en estos cambios, emerge cada vez más claramente la cuestión de lo que termina por llamarse “sexualidad”. Ahora bien, no más que ayer, la sexualidad no es solamente, hoy, el continente turbulento y ahistórico de lo sexual en general; es mucho más el material de una política del sexo, terreno en el cual se enfrentan las empresas de normalización sexual, con sus aspectos discriminatorios y las resistencias que acarrearán a cambio. Éste es el terreno en el cual maniobran las consideraciones que atañen a los destinos del Padre (Tort, 2008, p.21).

Por tanto, se hace necesario llegar a esclarecer la trascendencia del discurso declinatorio del padre, para así juzgar si nuestras sociedades están efectivamente destruyendo perversamente las condiciones de subjetivación que permite la función simbólica, o si estas declaraciones

son a la vez una reacción angustiada frente al cambio de relaciones entre los sexos y un medio retórico de intervenir para conservar las arcaicas relaciones, blandiendo, a modo de profecía, la amenaza de catástrofes subjetivas (Tort, 2008, pp. 15-16).

Por otro lado, Tort también señala que las formas de devenir-sujeto y las formas en que se ejercen las funciones del Padre son históricas y representan un terreno de relaciones de poder entre los sexos y este cambio de enfoque no puede ser concebido sin una revisión crítica de los postulados de Freud acerca del Padre. En este sentido, pero con un énfasis distinto, Tort ya había trabajado algo que podría leerse en la base de la crítica de Preciado al psicoanálisis, la cuestión sobre el estatuto del Padre ya que se inmiscuye en cómo ha sido configurada la epistemología de la diferencia sexual en el psicoanálisis freudiano.

Tort, también manifiesta que para pensar la cuestión del Padre es necesario situarla en el contexto de las relaciones complejas entre feminismo y psicoanálisis, en este sentido, es imposible volver a examinar las construcciones freudianas y postfreudianas sobre el Padre sin considerar su articulación con las relaciones de género y de sexo (Tort, 2008, p.445). En este sentido, es importante leer las incidencias que tienen las concepciones del complejo de Edipo en lo que el autor denomina “sex wars”.

Al cuestionar el dispositivo edípico desde las representaciones del género y desde las relaciones de sexo se evidencia que este dispositivo tiene una fuerte correlación con las disposiciones históricas, objetadas por las mujeres: monopolio del maternaje por la madre edípica y preedípica, culto fálico instituido, poder simbólico asegurado por el padre, etc (Tort, 2008, p.446).

Para el autor hay tres tiempos cronológicos que recubren las relaciones entre feministas y psicoanalistas:

I) Las feministas consideraban que los trayectos del Edipo “eran puros calcos inconscientes de las formas de dominación masculina” (Tort, 2008, p.446). Por otro lado, para los psicoanalistas, en este período, la importancia del falo y la envidia del pene representaban una realidad del funcionamiento intrapsíquico. (Esto coincide con lo que hemos abordado en el capítulo “feminismos en diálogo con el psicoanálisis”).

II) A fines de los 70 son las “psicoanalistas feministas” (indica el autor) quienes intentan resolver las contradicciones del período anterior.

Se trataría de inventar formas de articulación diversas entre psicoanálisis y feminismo, considerando que el psicoanálisis es un instrumento utilizable, aunque hasta entonces haya sido empleado para describir algunos arreglos del funcionamiento psíquico, tal como se despliegan en un contexto histórico sistemáticamente ignorado. (Tort, 2008, p. 466)

Se trata de mostrar por medio de qué encadenamientos complejos se puede ver cómo se engendran a partir de tal o cual dispositivo de las relaciones de sexo y género predominantes que modelan las figuras parentales las divisiones psíquicas que aseguran la formación de identificación, el predominio de tal o cual funcionamiento en la niña o en el varón.

III) Este tercer período se inicia con las “guerras de sexo” a finales de los años 80. En este tiempo, se hace un cuestionamiento de las bases de las concepciones de la sexualidad y de las sexualidades, además de presenciar el desarrollo de la teoría queer. El aspecto central a considerar en este período tiene que ver con la ubicación de lo impensado de las normas que rigen al sexo y el género. En palabras de Tort: “Es a esta nueva plataforma donde estaríamos invitados, desde Michel Foucault, a retomar el examen de las cuestiones del parentesco, de la filiación, de la parentalidad y de sus funcionamientos psíquicos bajo la forma en que los hemos nombrado: “Edipos” (Tort, 2008, p. 447).

El “Edipo” aquí designa el esquema freudiano inicial y su progresiva deformación por nuevos modos de articular las funciones maternas y paternas. En este contexto, el psicoanálisis y sus contribuciones presentan discrepancias internas.

La crisis edípica sobreviene cuando el sujeto, habiendo aprendido las reglas que determinan su lugar en la familia, a través de la ubicación del lugar de sus padres, acepta dicho lugar. El complejo de Edipo es entonces una máquina que moldea las formas apropiadas de individuos sexuales y los términos de parentesco son los elementos que indican una estructura de relaciones que determina el comportamiento de los individuos. (Tort, 2008, p. 449)

El sistema de parentesco divide a los sexos: el complejo de Edipo es el mecanismo de asimilación de estas reglas, construyendo el deseo heterosexual y definiendo los derechos conferidos al varón y aquellos a los que debe acomodarse la niña.

Para Tort, “al movimiento feminista le tocará resolver la “crisis edípica de la cultura”, reorganizando el campo del sexo y del género de manera que la experiencia individual de Edipo sea menos destructora” (Tort, 2008, p. 450).

En este sentido, el eje del complejo de Edipo no es necesariamente, el desarrollo de una identidad de género y de la heterosexualidad; es más bien la constitución de diferentes formas de potencial de relación en personas de género diferente.

Conclusiones

La pregunta acerca de *lo femenino* o lo que se traduce en la pregunta sobre las mujeres en psicoanálisis en las 49° Jornadas de la Causa Freudiana en 2019, es un territorio sobre el cual la teoría psicoanalítica y los feminismos han indagado exhaustivamente. No obstante, podríamos afirmar que esta pregunta se mantiene en una suerte de *Continente Negro* debido a todas las contradicciones y aperturas que posibilita indagar sobre su lugar y su conceptualización. En este sentido, se evidencia que esta indagación alberga una complejidad intrínseca, y es justamente su característica aporética la que le otorga una potencia inabordable. Los feminismos han estado en constante diálogo con la teoría psicoanalítica y uno de los ejes que ambos sistemas desarrollan es la pregunta sobre *lo femenino*. Podemos concluir que no es un territorio sencillo de abordar, pero es precisamente su naturaleza enigmática la que la convierte en un espacio fructífero para la reflexión y el diálogo.

Esta memoria no ha pretendido definir, ni mucho menos establecer “qué es” aquello denominado *lo femenino*, una tarea quizás insuperable en sí misma. Sin embargo, se pudo dar cuenta a través de esta noción, cómo se articula la diferencia sexual en la teoría psicoanalítica y cuáles son algunas de las piezas teóricas que Freud dispuso para fortalecer la noción de diferencia.

En este contexto, se evidenció que el mito edípico y su resolución, diferenciada para niños y niñas, es un punto en que se delinea el marco narrativo en el cual los individuos moldean y establecen su subjetividad, principalmente, para las niñas, este amoldamiento está dado por las categorías de: la envidia, los celos, un proceso sistemático de renunciadas sucesivas, la condición de pasividad, el sentimiento de rabia, la ambivalencia, la falta, la sensación de impotencia, la pérdida, resignación, privación, decepción, el resentimiento.

Todos descriptores que reafirman eficazmente el mandato heteropatriarcal, un conjunto de normas, leyes y privilegios arraigados profundamente en la figura del hombre blanco heterosexual.

Tener como punto de partida la crítica de Paul Preciado al psicoanálisis, presentada en su discurso *Yo soy el monstruo que os habla*, nos permitió comprender el momento histórico y la mutación significativa a la que se enfrenta el psicoanálisis y en particular los psicoanalistas.

La proliferación de los cuerpos mutantes y de quienes reclaman otros modos de vida, por fuera de la epistemología de la diferencia sexual y de las categorías de femenino-masculino hacen tambalear los cimientos edificados por Sigmund Freud. En este sentido, los cuerpos trans y la potencia política que habilitan en sus cuerpos, ya sea a través de la utilización de hormonas, de cambios de nominación, de hacer fallar la estética de la diferencia sexual y con ello cuestionar la normalización del dispositivo médico, obligan a releer la trama psicoanalítica y reflexionar sobre su correlato.

Por último, se evidencia que pese a lo controversial del discurso de Paul Preciado y sus incesantes cuestionamientos a las gramáticas de la teoría psicoanalítica, el psicoanálisis ya había comenzado a cuestionar ciertos problemas internos años antes de la aparición de este discurso. En este sentido, podríamos aseverar que las preguntas planteadas por Preciado son la continuación de un diálogo más amplio que está cuestionando algunas de las piezas fundamentales del psicoanálisis, impulsando una reflexión más profunda sobre las complejas relaciones de poder, identidad, subjetividad, sexualidad y género.

Michel Tort, aporta otra perspectiva crítica al problema de la epistemología de la diferencia sexual articulada por la teoría psicoanalítica. En su diagnóstico sobre el decline de la función paterna aborda una serie de otros puntos que dan cuenta de la crisis dentro de este sistema y de la mutación que ya se estaba volviendo evidente. Ahondamos en un capítulo que nos sirvió para subrayar el hecho de que la relación-tensión entre psicoanalistas y feministas ha estado activa hace largo tiempo. Además, las cuestiones que rodean las gramáticas freudianas, así como el peso que recae en algunas nociones como en el complejo de Edipo, a menudo visto como el mecanismo capaz de definir posiciones que asumirán las personas en el marco de las relaciones afectivas y de género ya habían sido abordados.

Al incluir la perspectiva de Tort, se da cuenta de que las teorías no existen de manera aislada; más bien, existen en un constante diálogo. El diálogo entre psicoanálisis y feminismo, así como el discurso más amplio sobre la diferencia sexual, es un ámbito donde pueden interactuar y posiblemente evolucionar múltiples disciplinas.

Finalmente, es innegable que el diálogo Tort-Preciado desencadena una serie de interrogantes, en una de las áreas más esclarecedoras de esta relación, se alza la cuestión

sobre la filiación. Aunque su abordaje en esta memoria es más bien tangencial, su presencia se revela como un hilo conductor importante hacia el final del escrito.

En este punto, podemos considerar que los “monstruos” emergentes y la desarticulación de las normas binarias de sexo y de género, junto con sus estéticas y discursos rígidos, configuran el escenario para nuevas corporalidades, identificaciones y una constante mutación. Se plantea que este escenario de transformación constante posibilitará nuevas formas de relaciones, de amor, de parentesco y, por supuesto, filiación.

El desafío radica en cómo la teoría psicoanalítica puede responder a esta mutación, cómo puede “avanzar” desde su ubicación histórica y repensar su rol en la comprensión de las relaciones humanas. Esta transición no es meramente un ajuste superficial, sino una reconsideración profunda, la acción de “volver” hacia donde se ha edificado su sistema, se convierte en un punto de partida relevante, ya que implica ir a las bases de la teoría psicoanalítica interrogando cómo se han construido las estructuras que han dado forma a su enfoque sobre el sexo, el género y la subjetividad. Desde esta perspectiva el psicoanálisis enfrenta la tarea de despojarse de sus limitaciones históricas y escuchar las nuevas voces de los cuerpos mutantes.

Bibliografía

- Beauvoir, S. d. (2014). *El segundo sexo*. Buenos Aires: DeBolsillo.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2009). *Performatividad, precariedad y políticas sexuales AIBR*. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 4, núm. 3, septiembre-diciembre, pp.321-336. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62312914003>
- Didi-Huberman, G. (2007). *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Madrid: Cátedra.
- Foucault, M. (2008). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1888). *Histeria*. En Obras Completas, Volumen I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Obras Completas, Volumen IV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas, Volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En Obras Completas XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Obras Completas, Volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Obras Completas, Volumen XXI.

Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1936). 33° conferencia. *La feminidad*. Obras Completas, Volumen XXI.

Buenos Aires: Amorrortu.

Mitchell, J. (1976). *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona: Anagrama.

Preciado, P. (2008). *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Madrid: Espasa Calpe.

Preciado, P. (2020) *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Madrid: Anagrama.

Tort, M. (2007). *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Santiago:

Palinodia.

Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.